



Universus.

Renovación - Revolución

(Barcelona) "La Publicidad" 5-97

9 agosto. 1914

(De nuestra colaboración)

Ya andan por ahí quienes saben lo que nos dan Inglaterra y Francia por nuestras campañas políticas renovadoras de España; lo saben hasta con céntimos. Por lo que a mí hace, acaso en el ministerio de la Gobernación, donde se sabe de eso de alquilar plumas, sepan mejor que yo, que no lo sé todavía, el sueldo que las potencias extranjeras me han asignado.

Perque no es sólo la Prensa troglodítica y la germanófila en general, la descarada y la enmascarada—y peor ésta que aquélla—la que juzgando acaso por lo que en su casa yo, está acudiendo a lo del oro inglés y francés para explicar a sus desdichados lectores la actual resurrección de la conciencia civil española, no es sólo esa Prensa la que saca ese cristo desclavado y deshecho sino que hasta hombres del Gobierno, miembros del Gabinete han dejado insinuar esa majadería. Majadería, sí, así como sueña, ¡majadería!

Quando se anunció la Asamblea de Parlamentarios de Barcelona y aun después de celebrada, además de aquello de que era un movimiento separatista a que se llevó engañados a los no catalanes, además de esto, inventaron lo de que obedecía a manejos del extranjero. Sólo por manejos del extranjero se quieren poder explicar algunos mentecatos el que se cree dificultades a este Gobierno faccioso y separatista que preside nominalmente Dato, a este Gobierno anti-nacional que se imagina que entre los súbditos del reino no hay bastantes ciudadanos de la nación.

Todo lo que les huele o les sueña a revolución antójaseles cosa de influencia extranjera. Y hasta cierto punto están en lo cierto. Porque es la guerra hasta hoy extranjera para España, es la guerra mundial, es la guerra civil, es la guerra que el régimen democrático de publicidad y opinión discentida y abierta lleva contra el régimen despótico de secreto y de determinaciones de camarilla militar y burocrática, es esta guerra, que es una revolución, lo que empieza a revolucionar a España.

Y les asusta el nombre, el nombre de "revolución". Le tienen un supersticioso terror. Son capaces de proscribir el nombre, de encargar a la censura que tache el nombre. Restablecerán los "flagitia nomini coherentia". El nombre, no ya la cosa, el nombre sólo de revolución, les pone como a aquel inolvidable presbítero don Félix Sardá y Salvany—cuyo librito "El Liberalismo es pecado" no debe dejar de leer ningún liberal—le ponía el solo nombre de: "liberalismo". Oír "revolución" les crispa los nervios. Y por inventar algo han inventado lo de: renovación.

¡Revolución, no!—dicen—¡nada de revolución! ¡renovación! ¡renovación! Pero en cuanto se ponen a querer explicar la diferencia—y en este país de simonimistas y confusionistas—se hacen un lío. No aciertan a explicar cómo cabe renovar sin revolucionar.

Para renovar los rebaños se les desvieja, se les somete a la operación que los ganaderos llaman "desviejar" y es separar de ellos a las reses ya viejas. Lo malo es que con el ganado la jubilación va acompañada de sentencia más dura que la mera separación. Y no comprendemos cómo quepa renovar un partido sin desviejar.

Es absolutamente imposible renovar la política española si han de seguir actuando en ella los viejos cabestros de sus partidos. Algunos de los cuales no son viejos de edad. Pero al contacto de los viejos envejecieron. Tal diputado joven, novicio, primerizo, pero que para obtener el acta tuvo que encasillarse en el ministerio de Gobernación y aun así se vió acaso obligado a emplear las viejas artes de falsificación del sufragio es un político ya viejo, tal vez decrepito, y hay que desviejar al rebaño de él. Porque no es a él al que se le desvieja—él es ya "indesvejecible"—es al rebaño al que se le desvieja de él. No es a él al que se le poda; es al árbol de la ciudadanía patria al que se le poda de él.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES



No, esa renovación de que hablan los de los partidos turnantes, cancillerescos, los que se apoyan en la inercia de los súbditos del reino y no en la conciencia de los ciudadanos de la nación, esa renovación no lo es. Eso no es nada. Ni sirven confesión de culpas y propósitos de enmienda de esa genticilla.

Nuestros políticos de turno y tanda no se arrepienten de veras, contristadamente, no reconocen que obraron mal, de mala fe, por egoísmo, por bajas pasiones. A lo más se arrepienten atritamente; se duelen de haberse equivocado, de que les salió mal alguna cosa. Llamam equivocaciones a sus evidentes canallerías. Tenía razón Juan Jacobo Rousseau al decir que lo último que hace un soberano es reconocer que obró mal, injustamente. Y en esto los políticos todos profesionales, se sienten ciudadanos. Un político dirá, sí, que se equivocó, pero, que se equivocó de buena fe y por patriotismo. Son incapaces de contrición.

Y ahora, cuando observan que el país siente ansias de renovarse, de desviarse, hablan de renovarse ellos. ¡Renovarse! ¿Y dónde van a encontrar esa fuente de Juvencio?

Y esas gentes que se asustan al solo nombre de revolución saben lo que los poderes extranjeros nos dan a nosotros, a los que no creen en su renovación.

“Aguarden ustedes—me decía uno de los renovadores—, aguarden a que pase esto de la guerra; dejen todo eso para después que se haya hecho la paz, y entonces les ayudaremos nosotros.” Y lo contestamos: “No; no se puede aguardar, no se debe aguardar; nuestra revolución y la de fuera es una misma y no podemos, no debemos aguardar a que triunfe fuera para empezarla aquí. Aunque sigamos permaneciendo neutrales en lo de la guerra, si hacemos nuestra revolución ayudaremos a la de fuera, a la del mundo todo. No, no podemos aguardar. El prestigio, aunque tambaleante, aun no derrumbado del régimen imperialista, el de secreto, el que toma decisiones sobre la vida y muerte de un pueblo sin consultarle antes públicamente y que se discutan, ese prestigio

mantiene el nuestro despotismo, el de este régimen de secreto apoyado en el embuste—ya que en el silencio no puede apoyarse—el de este régimen de ficción de sufragio y de arbitrariedad ministerial y de reparto turnante de la irresponsabilidad delegada. No, no debemos aguardar.”

Y como no queremos ni podemos ni debemos aguardar esos renovadores—renovadores de las viejas mañas—saben, hasta el céntimo, lo que nos pagan por nuestras campañas los poderes extranjeros; saben lo que estamos ganando.

¡Figúrese el lector! Hemos leído que a Mr. Winston Churchill, ex ministro inglés, le da un semanario dominguero por cada columna de escrito... ¡250 libras! 250 libras, es decir: ¡6,250 pesetas! Y aunque no seamos ni ingleses, ni menos ex ministros, aunque se nos considere como lo que los renovadores llamarían cipayos de la pluma, ¡figúrense lo que nos darán! Mr. Winston Churchill gana, dicen, 250 libras por columna! Pero es que Mr. Winston Churchill es inglés y es, sobre todo, ex ministro. Pero nosotros, los pobres plumíferos españoles que no hemos llegado todavía a ex ministros! Porque no le quepa duda al lector de que si el que esto escribe fuera ex ministro le pagarían mucho mejor que le pagan, y no poderes de fuera, sus artículos. Aunque en ese caso, ¡claro está! valdrían mucho menos que valen.

Y son los ex ministros y los que aspiran a serlo y sus sirvientes y pajes y patrocinados, son los que van tras la estrella política, son los que están al servicio del ex ministro o del presunto futuro ex ministro, son esos los que saben lo que los poderes extranjeros aliados nos dan por nuestras campañas.

Si creyese lo que dicen habría que compadecerles y dejarles. Pero como no lo creen... Como no lo creen hay que desviar a España. Y los peores viejos son los que sientan plaza de ello, los que van a ex ministros.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia).